



Los Profetas bíblicos

CURSO BÍBLICO – AÑO PASTORAL 2023-2024

MONOTEÍSMO JAHWISTA¹

«⁴Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. ⁵Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. ⁶Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, ⁷se las inculcarás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado; ⁸las atarás a tu muñeca como un signo, serán en tu frente una señal; ⁹las escribirás en las columnas y en las puertas de tu casa» (Dt 6,4-9).

Premisa

La tradición judía, que surgió en un contexto politeísta, llegó lentamente al monoteísmo. Al principio, los profetas denunciaron repetidamente la influencia de los cultos paganos y la tentación del sincretismo.

Refiriéndose a la revelación en el Sinaí, a la elección de Israel y a la alianza concluida por Dios con él, tuvieron cuidado de afirmar que Jahweh es el único Dios de Israel.

Progresivamente, especialmente en el exilio y en el post-exilio, la predicación profética, en particular la del segundo Isaías, subrayando la presencia de Dios que dirige los destinos de los pueblos, derroca a los poderosos y guía la historia, se expresó a favor de un monoteísmo absoluto: Jahweh, cada vez más llamado "Dios del cielo", no es sólo el Dios de Israel, sino el único Dios, Señor de toda la tierra.

INICIOS DEL JAHWISMO

Hacia mediados del segundo milenio antes de Cristo algunos grupos o clanes de inmigrantes se asentaron en zonas geográficas concretas de Palestina y Transjordania.

Con buena razón, se puede suponer que la religión de estos clanes tribales se caracterizaba por un culto al "dios de los padres", un dios familiar. Era "el gran dios", a menudo llamado **El**. La participación de estos clanes en el culto de los santuarios locales dio origen a una experiencia religiosa con rasgos politeístas.

Un paso importante hacia el jahwismo se puede situar aproximadamente entre los siglos XIII y XI, gracias a la influencia decisiva del clan de Moisés al que, según la tradición bíblica, está ligada la revelación del nombre divino, **Jahweh**.

Para escapar de los funcionarios egipcios, Moisés huyó a la región de Madián, donde conoció a Jetro, sacerdote de un grupo madianita que veneraba a Jahweh como una deidad. El

¹El texto de referencia de esta sección es G. Cavallotto, *Il grido dei Profeti*. Parole senza tempo, Ed. San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 2023 (cap. VI)

matrimonio de Moisés con la hija del sacerdote madianita favoreció la adopción de la misma divinidad.

En este contexto se encuentra la tradición bíblica donde Dios, en la zarza ardiente de Horeb, revela su nombre. El Señor revela que *Jahweh*, *invocado por los madianitas*, es “*el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob*” (Ex 3,6). La experiencia madianita, enriquecida por la revelación de Dios, configura la religión del clan de Moisés como jahwista: era un culto monolátrico y anicónico, no necesariamente monoteísta.

ADHESIÓN PROGRESIVA A JAHWEH

El grupo, que salió de Egipto y liderado por Moisés, cruzó el desierto, probablemente cruzó las montañas del Négueb, pasó por alto la región de Moab al este del Mar Muerto y llegó al centro de Transjordania, al norte del río Arnón.

Con la muerte de Moisés, el liderazgo del grupo pasó a Josué, continuador de la tradición yahvista. La conquista de la tierra prometida permitió una primera difusión del culto a Jahweh entre las poblaciones de Palestina.

En la asamblea de Siquem (Jos 24), que se remonta hacia el año 1200, Josué propuso una alianza con las tribus que no habían experimentado el éxodo y, por tanto, no conocían a Jahweh.

Se pidió a las tribus que renunciaran a sus dioses y se comprometieran a servir únicamente a Jahweh.

La respuesta del pueblo fue pronta y unánime: «*Serviremos al Señor (Jahweh), nuestro Dios, y escucharemos su voz*» (Jos 24,24). Esta asamblea creó efectivamente las condiciones para el inicio de una alianza (confederación?) entre las tribus de Israel.

A medida que se acerca el año mil, se puede considerar que el jahwismo se ha convertido en la religión oficial, favoreciendo la unidad cultural y religiosa de los grupos, así como la conciencia de ser el pueblo elegido por Jahweh.

Esto no excluyó la supervivencia de formas de sincretismo religioso.

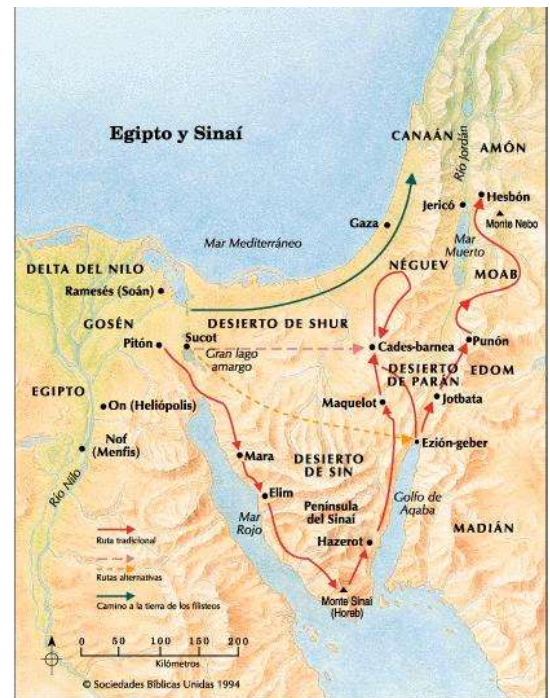
LA AFIRMACIÓN DEL CULTO A JAHWEH

Durante el período de la monarquía, el jahwismo se convirtió en la religión cada vez más extendida practicada por el pueblo elegido, aunque hubo excepciones.

Por varias razones:

1. En primer lugar, la unión de los reinos del norte y del sur bajo David y la elección de Jerusalén como capital política y religiosa.

2. Otra contribución a la recepción del jahwismo la encontramos, tras el ascenso de David, en el probable inicio de un primer borrador escrito de las tradiciones patriarcales, en el que se daba gran importancia a la figura de Abraham y textos jurídicos.



3. Además, la reforma de Ezequías, rey de Judá (716-687), dio un impulso específico a la difusión del jahwismo. Con su intervención el rey, además de promover la centralización del culto en Jerusalén, se opuso a la idolatría y llevó a cabo una reforma radical de los santuarios tradicionales: «*eliminó los lugares altos y destruyó las estelas, cortó el poste sagrado*», símbolo de diosa cananea Ashera, «*y desmenuzó la serpiente de bronce*» (2 Reyes 18,4).

4. Después de la retirada del jahwismo bajo el reinado de Manasés, hacia el año 622 nos encontramos con la reforma del rey **Josías**, en la que se inicia en particular un fuerte contraste con la adoración de las estrellas y de las divinidades introducida por los predecesores: «*El rey ordenó... para sacar del templo del Señor todos los objetos hechos en honor de Baal, de Ashera y de todo el ejército del cielo. Los quemó fuera de Jerusalén. Derribó los altares erigidos por los reyes de Judá en la terraza del aposento alto de Acaz, y los altares erigidos por Manasés en los dos atrios del templo del Señor, los hizo pedazos y apresuradamente arrojó el polvo en el Río Cedrón. El rey profanó las alturas frente a Jerusalén, a la derecha del monte de la Perdición, construido por Salomón, rey de Israel, en honor de Astarté, en honor de Camos y en honor de Milcom... Rompió las estelas en pedazos y cortaron los postes sagrados*» (2 Reyes 23,4-5.12-14).

La reforma de Josías tuvo cierto éxito, pero duró poco, debido a la muerte prematura del rey en Meguido en 609.

6. Además de estos acontecimientos, la defensa y difusión del jahwismo se deben a la predicación profética, que en particular se expresó contra la idolatría. **Amós** criticó el culto a las alturas y santuarios tradicionales israelitas (cf. Am 7,9).

Poco después **Oseas** denunció la infidelidad de Israel (cf. Os 12,3), y las prácticas adivinatorias, el culto en las cimas de los montes (cf. Os 4,12-13) y a Baal (cf. Os 11, 2).

En Judea, en la segunda mitad del siglo VIII, el profeta **Miqueas** se convierte en portavoz de la condena de la adivinación y de los cultos idólatras expresada por el Señor: «*Arrebataré los hechizos de vuestras manos y ya no tendréis adivinos. Derribaré de en medio de vosotros vuestros ídolos y vuestras columnas, y ya no os inclinaréis ante la obra de vuestras manos*» (Mi 5,11-12).

Isaías también se opuso a la devoción pagana a los árboles sagrados (Is 1,29) y rechazó el culto a los ídolos practicado por la casa de Jacob: «*Su tierra está llena de ídolos; adoran la obra de sus manos*» (Is 2,8).

En particular, **Ezequiel** condenó los cultos idólatras llevados a cabo en el templo de Jerusalén (Ez 8,1-18) y la adhesión a los ídolos entre los exiliados en Babilonia (cf. Ez 14,3-5).

Los profetas, además de rechazar los cultos idólatras, subrayaron el vínculo único y privilegiado de Jahweh con Israel, su amor perenne a pesar de la infidelidad del pueblo.

Lentamente, durante el período de la monarquía, se fue imponiendo un jahwismo extenso y compartido, aunque no faltaron las infidelidades y las prácticas sincretistas.

La originalidad del jahwismo se caracteriza por dos rasgos fundamentales.

1. En primer lugar, es un culto monolátrico: sólo se adora y sirve a Jahweh, porque él es el único Dios de Israel.

2. En segundo lugar, es un culto anicónico: no permite iconos o simulacros de Dios, que no pueden ser representados ni con estatuas ni con representaciones o imágenes. Con esta prohibición se pretendía subrayar la santidad y la trascendencia de Dios, así como la imposibilidad de acceso pleno a su rostro: Jahweh es el Altísimo, él está siempre "más allá".

DE LA MONOLATRÍA AL MONOTEÍSMO

Gracias a la predicación de los profetas, poco a poco se fue tomando conciencia de que la acción de Jahweh se extiende más allá de las fronteras de Israel y afecta también a los no judíos.

Se sabe que **Elías** en territorio pagano, en Sarepta, en el reino de Sidón, invocó al Señor y resucitó al hijo de la viuda que lo había acogido (cf. 1Re 17,17-24).

Incluso **Eliseo**, por medio de un baño en el Jordán - según la palabra del Señor - curó a Naamán de la lepra, un general arameo (cf. 2 Reyes 5,8-14).

Más tarde **Ciro**, un gobernante extranjero que no conocía a Jahweh, fue elegido por el Señor como su instrumento «*para derribar las naciones, para desatar los cinturones de los reyes*» (Is 45,1).

En el **libro de Jonás** se atestigua que el Señor concedió el perdón y la salvación a una población pagana, la de Nínive (ver Gen 3,10).

Además, el testimonio de **Isaías** es decisivo: en su concepción universalista, describe la afluencia de personas a Jerusalén como la participación en un inmenso y suntuoso banquete (Is 25,6-11). El libro de Isaías termina con un anuncio de salvación universal del Señor: «*Vendré a reunir pueblos y todas las lenguas; vendrán y verán mi gloria*» (Is 66,18).

La última etapa del camino religioso del pueblo elegido fue la transición del jahwismo monolátrico al monoteísmo absoluto: Jahweh no es sólo el Dios de Israel sino que es el Señor de todos los pueblos. Según la tradición bíblica, esta meta fundamental y excepcional caracteriza y distingue la experiencia de Israel de la de los pueblos del Antiguo Cercano Oriente. El pueblo elegido, guiado por el Señor, alcanzó la conciencia del monoteísmo universalista a través de un largo proceso. Este es un regalo único y extraordinario que Dios le dio a Israel.

Aunque hubo corrientes del jahwismo pre-exílico que propugnaban un cierto universalismo, la creencia dominante seguía siendo que Jahweh era el "Dios de Israel", no de las otras naciones sino sólo del pueblo elegido, que tenía su principal culto en el templo de la ciudad santa. La destrucción de Jerusalén, del templo y el exilio favorecieron una profunda reflexión religiosa entre los deportados y más allá.

A los exiliados, que se creían abandonados por Dios, **Ezequiel** les recuerda que la gloria de Dios salió de Jerusalén y, para seguirlos, se trasladó a Babilonia (cf. Ez 10,18-22; 11,22-25). ¡Dios, por tanto, también obra fuera de Palestina!

Al mismo tiempo, los exiliados se encontraron frente a la civilización babilónica. Asombrados ante los espléndidos templos de las ciudades babilónicas, como los dedicados a Marduk, Nebo, Istar, e impresionados por el poder y la prosperidad de Babilonia, los deportados se preguntaron si las divinidades babilónicas no eran más poderosas que Jahweh. La respuesta de los profetas fue una afirmación perentoria del monoteísmo.

En particular, **Isaías** y **Jeremías**, refiriéndose a las divinidades extranjeras, afirman que no son dioses, sino simples artefactos humanos: no valen nada, son sólo espantapájaros (cf. Is 40,19; 44,9-10; Jer 10,5).

Especialmente en **Is 40-55** encontramos la afirmación más explícita del monoteísmo. El universalismo de Jahweh se subraya a partir del papel de Dios como creador del universo: «*Hice la tierra y sobre ella creé al hombre; extendí los cielos con mis manos*» (Is 45,12).

El universalismo y el monoteísmo se sitúan así al mismo nivel. Jahweh, creador del universo, es reconocido como el único Dios: «*Yo soy el Señor y no hay otro, fuera de mí no hay dios. Yo formo la luz y creo las tinieblas*» (Is 45,5.7). Nuevamente: «*Yo soy el primero y yo el último; fuera de mí no hay dioses*» (Is 44,6).

En conclusión, se puede suponer que, a través de los acontecimientos locales, las intervenciones de los gobernantes, la experiencia del exilio, sobre todo gracias a la predicación de los profetas, el pueblo de Israel, guiado por Jahweh, llegó a una visión universalista de Dios. Es la experiencia religiosa más alta y original del pueblo elegido, pero también el don único y singular legado a los hombres de todos los tiempos.

1. El primer rasgo distintivo de esta experiencia religiosa privilegiada es el monoteísmo. Israel, pasando de la monolatría al culto monoteísta, proclama que la historia está en manos de un solo Dios.

2. Al mismo tiempo, a través de su culto anicónico nos recuerda que Dios no puede ser representado con una imagen, con el riesgo de una interpretación reduccionista o manipuladora. El Señor, Altísimo, es un Dios absconditus (Is 54,8), que pero se revela y es encontrado por quienes lo buscan. No sólo no se puede representar adecuadamente a Dios con imágenes y artefactos humanos, sino que nadie puede presumir de tener una idea perfecta y exhaustiva de Él. Esta conciencia es la base del diálogo respetuoso con los demás.

MÁS ALLÁ DEL MONOTEÍSMO JUDÍO

El monoteísmo, adquirido progresivamente, rasgo específico y constitutivo de la religión judía, encuentra continuación en la fe de cristianos y musulmanes. Con diferentes énfasis, el monoteísmo es típico de tres religiones: el judaísmo, el cristianismo y el islam.

En particular, la tradición cristiana ha retomado el monoteísmo judío, enriqueciéndolo con una visión de salvación universal.

La idea del banquete mesiánico de Isaías (cf. Is 25,6-11) es aceptada y propuesta nuevamente por **Jesús** (cf. Mt 22,2-10; Lc 14,21-24). El Resucitado envía a los apóstoles a hacer discípulos de todos los pueblos (cf. Mt 28,19). Los escritos de la tradición paulina hablan de la salvación dirigida a todos los hombres (cf. 1 Tim 2,4; Tt 2,11).

De hecho, lo común a las tres religiones monoteístas es la idea de que hay un solo Dios en el universo. De ahí surge una cierta idea de unidad mundial. ¡Un monoteísmo sincero y correcto, no distorsionado por interpretaciones sesgadas y cierres rígidos, es la fuente del verdadero universalismo!

